

El pasado verano, dos antiguos alumnos de nuestro colegio, Ana Vizcaíno y Pablo Alcón, fueron durante varias semanas a la viceprovincia escolapia de Centroamérica y Caribe a colaborar en los colegios escolapios de allí, concretamente en los colegios de La Romana (Rep. Dominicana) y León (Nicaragua). Hoy han querido compartir con todos nosotros un poquito de su experiencia allí.

### *La Romana, República Dominicana*

Mi nombre es Ana Vizcaíno y tengo 22 años, lo que hace que sea de la promoción... realmente no lo sé, así que dejo los cálculos para cada uno.

El pasado verano me fui junto con otras 6 personas, todas ellas relacionadas la Escuela Pía, nos dirigimos hacia La Romana (República Dominicana) para colaborar en lo que pudiéramos con los escolapios que allí se encuentran, Javier Alonso, entre ellos.

Nuestra estancia allí fue de un mes entero. En un principio no teníamos muy claro lo que teníamos que hacer; la teoría parecía clara pero la práctica era algo que se nos escapaba un poco de las manos. Allí la vida es totalmente diferente: las costumbres, los medios..., lo que hizo que tardáramos unos días en acostumbrarnos al ritmo propio dominicano (ya sabéis, eso de "me estás estresando"). Pero bueno, en un día o dos ya estábamos manos a la obra. Nuestro trabajo allí se centró en dos proyectos diferentes. Por una parte, Nacho Nácher (profesor de ed. infantil de nuestro colegio) y su mujer, Caye, Alberto Martínez, escolapio, y María Bendicho (antigua alumna del colegio de Escolapias) se dedicaron a la educación no formal. Para ello durante la primera semana estuvieron formando a una serie de jóvenes voluntarios en manualidades, juegos y danzas que luego tendrían que enseñar a los niños durante los campamentos que tuvieron lugar las dos semanas siguientes. Para finalizar, la última semana tuvieron su jornada de reflexión de donde incluso surgió la formación de un grupo de voluntariado juvenil al que llamaron "Calasanz nos une".

La otra parte de nuestro proyecto, en el cual participamos Marta Martínez, Bea Tomás y yo misma (las 3 antiguas alumnas del colegio) estaba poner en marcha un plan de salud infantil en varios barrios de la zona, haciendo revisiones pediátricas a todos los niños de cada uno de estos barrios. Personalmente esto me asustaba un poco ya que yo todavía soy estudiante de 5º de medicina y pensaba que los conocimientos que tengo por el momento que no iban a ser de gran ayuda. Pero bueno, después de la experiencia allí vivida me doy cuenta de que hay otros valores, que aprendí en parte en el colegio, que me han servido más de lo que en un principio te imaginas.

Una vez allí te das cuenta de la importancia de los consejos que le das a las personas, la importancia de tu calidad humana, de tu ejemplo. Aprendes que la educación es algo que va más allá de las escuelas, es algo del día a día, y que es más decisiva en la vida de las personas que unos simples botes de medicinas. Aunque suene un poco filosófico es cierto. Allí pude encontrarme con un Calasanz vivo, pude disfrutarlo y vivirlo de cerca, ponerlo en práctica. Entendí aquellos valores que en el colegio nos inculcaban de "piedad y letras" y que quizá nunca me había llegado a plantear profundamente.

Además durante ese mes pude convivir y conocer más de cerca a algunos padres escolapios. Es increíble ver de cerca su vocación pero sobre todo su gran dedicación. Te das cuenta de lo importante que es para ellos el mensaje de Calasanz y lo bonitas que son sus vidas dedicándolas a la obra. Y no sólo ellos, también laicos con los que

tuve la suerte de compartir esta experiencia, me demostraron diferentes formas de ser y de vivir el espíritu y el mensaje escolapio más allá de los propios religiosos, a pesar de que en casa es algo que siempre he tenido la suerte de ver.

Por ello, cuando me piden que destaque lo más relevante de esta experiencia siempre pienso en lo mismo: En lo importante que ha sido para mí ver la importancia de dedicarse a los más pequeños, sobre todo a los pobres, y más todavía la gran relevancia que tiene la educación para ellos. Es un proyecto que veo de gran importancia, ya que en él convives y conoces en profundidad el mensaje y la vocación escolapia, formándose unos lazos de colaboración y unión que pueden hacer de nuestros colegios grandes obras humanas.

### *León, (Nicaragua)*

El pasado mes de julio, cuatro intrépidos aventureros pusimos rumbo a Nicaragua para pasar seis semanas en el colegio de los escolapios de León, y por supuesto, también para ayudar y colaborar en las actividades del colegio y de la comunidad escolapia de allí. Estos cuatro éramos Manel Camp, escolapio y consiliario de nuestra asociación, Mary Doménech, profesora de ed. infantil del colegio, Kitty Casaudoumecq, antigua alumna del colegio y yo mismo, Pablo Alcón, también ex-alumno del colegio.

La realidad allí en Nicaragua es un poco diferente a la de La Romana, puesto que cuando aquí tenemos vacaciones de verano, allí están en pleno curso escolar, que acaba en el mes de noviembre. Por esto, nuestra llegada allí fue un poco rara, puesto que llegamos justo a mitad de curso, y nuestro trabajo estuvo muy vinculado al colegio, ya que los niños estaban toda la mañana en clase. Por esto, los cuatro que fuimos nos dedicamos por las mañanas a colaborar con los profesores de primaria del colegio de León. En mi caso, me pidieron que ayudara en las clases de educación física, ya que la preparación de las tutoras de las clases para esta materia era prácticamente nula.

Por las tardes nuestro trabajo se dirigía al Centro Cultural Calasanz, que es un centro que los escolapios tienen dentro del mismo recinto del colegio. A este centro acudían cada tarde unos 60 niños del barrio de Sutiava, que es donde está situado el colegio, y que es un barrio bastante desfavorecido económicamente. Estos niños eran niños que por la mañana iban a las escuelas públicas del barrio, o incluso que se encontraban sin escolarizar. Con ellos habitualmente se hacen tareas de apoyo escolar, pero nosotros además usábamos la última parte de cada tarde para preparar actividades de tipo lúdico-educativo, y que los niños tuvieran también su momento de esparcimiento y disfrute. Fue una de las partes más importantes de nuestro trabajo allí, ya que era algo que aquellos niños no habían tenido nunca, y que apreciaban como si fuera lo más valioso del mundo, y que además nos servía para trabajar múltiples aspectos socio-educativos.

Además de estas actividades, también impartimos un curso de voluntariado para los jóvenes alumnos y ex-alumnos del colegio, para que fueran ellos los que pudieran continuar la labor en el Centro Cultural tras nuestro regreso a España. Al terminar el curso se les invitó a todos a formar parte de un grupo de voluntariado que trabajar de manera estructurada y programada en el Centro Cultural con la ayuda de la comunidad escolapia, o en diferentes tareas en el barrio (catequesis de primera comunión,...), y hasta hoy algunos del grupo han seguido haciendo su labor.

Otra de nuestras actividades extraordinarias fue la realización de campamentos de fin de semana para los niños tanto del Centro Cultural como del colegio. Durante dos fines de semana nos desplazamos al otro colegio escolapio de Nicaragua, que está en la capital, Managua, para realizar allí sendos campamentos con unos 120 niños en total. Esta fue una experiencia extraordinaria, porque para muchos de los niños del barrio era la primera vez que salían de su ciudad, o incluso de su barrio.

Además de estas actividades, también pudimos disfrutar de muchas otras, como una convivencia intensa y maravillosa con la comunidad de escolapios allí presente (incluyendo la profesión solemne de uno de ellos), descubrir las realidades del barrio, y sus necesidades, relacionarnos con los jóvenes de la comunidad calasanz (jóvenes que se reunían para formar un grupo y crecer juntos en torno a la espiritualidad de Calasanz), empaparnos de las maravillas de la cultura nicaragüense (Rubén Darío, natural del barrio de Sutiava, Carlos Mejía Godoy, cantautor y ex-alumno del colegio escolapio de León, etc.).

En definitiva, nuestra estancia allí nos permitió, además de trabajar, encontrarnos con personas extraordinarias, pero también encontrarnos con realidades muy distintas a las que podemos vivir aquí en Valencia. Por momentos estuvimos tocando la pobreza extrema, esa que no sabe de hipotecas o letras de coche, sino que trata de arroz para comer cada día y tablones de madera para poder construir una *chabola-hogar*. Y esto último, para mí, fue sin duda lo mejor de nuestra estancia allí, porque cuando te encuentras con una realidad así frente a frente, no te queda más remedio que mirarle directamente a los ojos, es decir, mirar directamente a los ojos de las personas, y atreverte a descubrir todo lo que esas personas pueden llevar dentro, y eso, amigos, sí que es sin duda una gran riqueza.